

d e b a t e

Nacionalismo y educación: una relación conflictiva

Mercedes Charles C.

Introducción

El nacionalismo es un término que resulta un tanto resbaloso y difícil de definir. Su uso social le ha proporcionado múltiples acepciones que lo han convertido en sinónimo de patriotismo, chauvinismo, orgullo nacional, encuentro con nuestras raíces, respeto a los símbolos patrios o la puesta en escena de una parafernalia específica en determinados días del año. También se le ha utilizado como elemento justificador de las más diversas políticas estatales, o bien como una estrategia defensiva ante los embates provenientes del exterior.

El nacionalismo es un concepto que ha estado unido al problema de la creación del Estado-nación y a la generación de un sentimiento colectivo de pertenencia a un espacio social delimitado por fronteras, y ha dado origen a los más diversos y contradictorios fenómenos so-

ciales. Desde los crímenes más sanguinarios de la historia del mundo moderno hasta movimientos de liberación nacional de corte democrático y antiimperialista; desde acciones terroristas perpetradas por grupos que buscan un reconocimiento de las nacionalidades que coexisten en el interior de una nación hasta la edificación de panteones heroicos por decreto.

En nombre del nacionalismo se han invadido territorios, creado libros de texto obligatorios, armado ejércitos, creado concursos para preservar fiestas y tradiciones; emitido leyes y decretos; se han creado días de fiesta obligatorios, honores a la bandera; se han construido museos y creado estereotipos; todo esto a manera de ejemplo.

El nacionalismo implica *unidad*, que se fomenta a través de la lengua oficial, del manejo único de la historia, de los símbolos patrios, de la conservación de prácticas culturales y tradiciones, de una religión que crea y difunde referentes comunes, de la creación de héroes y de días de fiesta nacional. Estos factores establecen la diferencia con los demás países; separan de lo externo y unifican en el in-

Ponencia presentada en el ciclo "Identidad cultural: ¿Vive México?", Universidad Autónoma Metropolitana, 13 de octubre de 1987.

terior, y, la mayor parte de las veces, son promovidos por el Estado, aprovechando elementos de la historia social y cultural de la nación y agregando la construcción de elementos nuevos.

El nacionalismo también implica la *diversidad*, que se manifiesta en identidades de regiones, de grupos y de clases sociales, y se conforma con aquellos elementos que cohesionan a comunidades de individuos, mas no a todos, estableciendo la diferencia y la separación según posiciones geográficas, de clase y de grupo social. Estos grupos, cuando han llegado a cierto nivel de madurez, logran establecer un proyecto nacional propio, cuyo principio articulador está dado por los intereses del grupo.

De aquí que el nacionalismo tenga, necesariamente, que conciliar contrarios: la unidad y la diferencia, y encontrar tanto los elementos que unen y aglutinan como aquellos que separan y diferencian. Definimos, por tanto, al nacionalismo como los diversos proyectos de nación que coexisten, en una relación conflictiva, en una sociedad dada. Aquí entra en juego el fenómeno del poder: la capacidad de un grupo o clase social para establecer su proyecto de nación sobre el conjunto de la sociedad, mas no de manera arbitraria, sino con la posibilidad de interpretar y aglutinar a los demás grupos y clases sociales portadores de otros proyectos.

En nacionalismo estalla, así, en múltiples significados. Como elemento de unificación, hace uso del mito del pasado indígena, del movimiento de independencia y de la revolución mexicana, entre otros, para aglutinar a los más diversos sectores de la población en torno al proyecto nacional vigente. Se pretende inculcar un sentido de nación a través del manejo del tiempo histórico, donde los grandes acontecimientos del pasado, que han de-

finido los contornos de la nación, justifican el ordenamiento presente, así como la utopía futura.

El Estado encuentra, a través de la construcción del nacionalismo, la justificación de sus acciones y la búsqueda de un consenso legitimador que permita unificar a todos los miembros de un espacio geográfico delimitado por fronteras—independientemente del sexo, edad, etnia, localidad o región—, con objeto de lograr su filiación afectiva al proyecto de nación vigente, impulsado por los sectores que detentan el poder.

El nacionalismo busca borrar las diferencias y ocultar el carácter conflictivo de la comunidad nacional, conformada por grupos y clases sociales con intereses diferentes y muchas veces antagónicos. En una nación coexisten diversos proyectos nacionales, que implican diferentes propuestas de ordenamiento social, lo que se traduce en situaciones coyunturales de pugna y conflicto o de alianza con el proyecto que logró erigirse como hegemónico.

Desde el siglo pasado el problema del nacionalismo constituye una preocupación de intelectuales políticos, con repercusiones en los más diversos ámbitos de la vida social, al ser un elemento que se traduce en acciones y políticas estatales. Una de ellas es la educación. Así, la escuela primaria se concibió como uno de los medios más idóneos para circular socialmente e inducir en los niños un sentimiento nacionalista y el conocimiento de los postulados primordiales para la comprensión de la nación: lo que fue en el pasado, lo que es en el presente y su proyección futura.

En este ensayo buscamos sostener que la concepción del nacionalismo que maneja el aparato escolar ha perdido vigencia y eficacia en sus propósitos. Esto se debe principalmente a su inadecuación

con respecto al momento histórico por el que atraviesa el país, así como por el hecho de que la televisión está interfiriendo en este ámbito que, anteriormente, había sido de la competencia exclusiva de la escuela.

1. La escuela

La escuela ha sido, históricamente, el aparato de socialización más importante con que cuenta el Estado para generar procesos de identidad nacional; es en ella donde se enseña, entre otras cosas, el uso *apropiado* del idioma, el amor y respeto a la patria, el manejo único de la historia, el conocimiento de la geografía nacional y las normas sociales de comportamiento.

La escuela tiene, entre muchas otras funciones, la finalidad de fomentar la unificación nacional a través de la comprensión e identificación con una concepción de nación que, gestada desde el poder, busca erigirse como el proyecto de todos los habitantes que integran la comunidad nacional.

En los primeros años del México independiente la escuela fue concebida como un espacio privilegiado para diseminar una idea determinada de nación y para la preparación de los niños como futuros ciudadanos. En el siglo pasado resaltó la figura de Lucas Alamán como uno de los impulsores más asiduos de la educación dirigida ya no a las élites de la sociedad, sino principalmente a los sectores mayoritarios de la población. A través de la educación se pretendía incorporar a las masas analfabetas al proyecto de nación emergente.¹

Desde entonces,

La educación ha sido, pues, un instrumento que el gobierno ha utilizado para modelar la conciencia colectiva de un país y despertar la lealtad de sus habitantes hacia el Estado nacional. La tarea se ha llevado a cabo a través de la enseñanza de la historia, de la instrucción cívica y de la geografía regional. Asimismo, se desarrolla en la escuela y en la sociedad todo un ritual nacional: honores a la bandera y al himno nacionales, celebración de días conmemorativos especiales y veneración a los héroes.²

Es en este espacio social donde se pretende que el niño, concebido como futuro ciudadano, *introyecte* el significado de ser mexicano y el sentido de pertenecer, conjuntamente, a un determinado espacio nacional, con características que le son inherentes. Esto implica la transmisión de cierta concepción de nación que permita al niño conocer su entorno, como parte de una comunidad más amplia, y ubicarse en él.

Para transmitir el sentimiento nacionalista la escuela cuenta con una serie de elementos que busca tanto la filiación afectiva de los niños con su nación como el conocimiento racional acerca de la misma. Todos los lunes se honra a la bandera y se canta el himno nacional, los salones de clases se adornan con grabados de héroes y batallas famosas, se hacen composiciones y concursos sobre hechos históricos o personajes famosos, los días patrios se convierten en días festivos, no sin antes pedir a los niños un trabajo sobre la razón de la festividad.

Asimismo, las diversas materias que

ción, tesis de posgrado en Comunicación y Desarrollo, Universidad Iberoamericana, México, 1987, p. 88.

² Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, El Colegio de México, México, 1975, pp. 10-11.

¹ Para ampliar el tema, ver Mercedes Charles, *Nacionalismo, educación y medios de comunica-*

integran el currículum escolar de la escuela primaria, de una u otra manera, buscan que el niño vaya conociendo los diversos elementos que integran la realidad nacional, construida desde determinada perspectiva. A continuación revisaremos la idea de nación que se busca transmitir en el libro de texto gratuito de *Ciencias sociales*.

2. Los libros de texto

A través de los libros de texto gratuitos de *Ciencias sociales* se pretende que el niño conozca el país en el que vive, su historia, sus diferentes regiones, y adquiera algunos elementos de cultura cívica. Los textos son progresivos y van proporcionando elementos para el entendimiento del entorno: inmediato (3o.), nacional (4o.) y mundial (5o. y 6o.).

En los libros de texto de 3o. y 4o. grados, que son los que nos interesan para los fines de este trabajo, encontramos cuatro contenidos temáticos principales.

a) Autoconocimiento de la comunidad donde se desenvuelve el educando, que se busca obtener mediante la participación activa del niño al encontrar respuestas a una serie de interrogantes planteados acerca de su entorno. En el texto de 3o. se pretende que el niño identifique las características principales de su comunidad; en el de 4o. grado se busca ubicar al niño en un contexto nacional, siempre tomando como referencia la comunidad a la que pertenece.

b) Elementos de corte nacionalista-patriótico que recalcan la existencia de la comunidad nacional y los lazos de unión entre todos los habitantes del país.

c) Elementos de la historia mundial proporcionados a través de breves descripciones de las comunidades indígenas prehispánicas, del descubrimiento de

América y de la Conquista (3o.); y de la Conquista al periodo posrevolucionario (4o.).

d) Conocimiento de las características de México con base en la descripción de la vida cotidiana de cuatro comunidades rurales (3o.) y de cuatro comunidades urbanas (4o.).

Los textos de 3o. y 4o. grados tratan diferentes temáticas entremezclando el presente y el pasado con la descripción de comunidades rurales y urbanas, pero contienen un hilo conductor que sirve como elemento de referencia a todos los capítulos: el trabajo.

Se considera el trabajo como razón fundamental de las desigualdades sociales en los ámbitos rural y urbano, pero no se parte de un marco de relaciones entre los diversos elementos que intervienen en el proceso productivo, sino que la pobreza depende de variables tales como cantidad y calidad de la tierra, fenómenos meteorológicos o falta de preparación profesional de los emigrantes a las ciudades. No se considera la transferencia de recursos del campo a la ciudad, ni de una clase social a otra.

Un aspecto que llama la atención en los libros de texto es que todos los protagonistas pertenecen a sectores sociales desfavorecidos, como son los campesinos y los sectores urbano-populares. El sector gubernamental se erige como el interlocutor aliado de esos sectores, gracias al cual pueden solucionar una parte importante de sus problemas. Las clases medias y altas del país simplemente no existen.

El gobierno, formado por "personas decentes y capaces" (texto de 4o. grado, pp. 10-11), se erige como el intermediario ideal entre los hombres: crea medidas legislativas para eliminar la explotación; entre los hombres y la naturaleza: construye escuelas agropecuarias, centros de

investigación y envía técnicos especializados. Asimismo, soluciona los problemas materiales de las comunidades: crea infraestructura, parques, hospitales, escuelas, etcétera.

La solución a la problemática que se plantea en los textos se presenta con la ayuda del gobierno federal, del municipio, de los técnicos y de la escuela agropecuaria de la zona: "entre todos buscan soluciones y las ponen en práctica" (texto de 3o., p. 60); o bien, simplemente "todo se arregla cuando la gente tiene ganas de ayudar" (texto de 4o., p. 34).

Existe un afán en los textos por introducir párrafos que provoquen la unidad nacional y el patriotismo. Abundan frases como las siguientes: en México, "al igual que en las familias, unas comunidades necesitan de otras para vivir. Por eso decimos que México es como una familia formada por muchas comunidades: (texto de 3o., p. 9). "Cómo es tu comunidad? ¿Es una comunidad campesina?... Quizás vivas en la ciudad, y nunca habías oído hablar del barbecho ni de la

coa; pero en este país nuestro no hay munditos separados, muchos lazos nos unen. Un lazo importantísimo es la comida" (texto de 3o., p. 101).

Otros ejemplos de lo anterior:

México está formado por comunidades campesinas y urbanas unidas por lazos importantes.

La historia es un lazo muy fuerte y antiguo: todos compartimos los hechos que vivieron nuestros antepasados, y tenemos los mismos héroes. Además todas las comunidades de México conviven en el mismo territorio y tienen el mismo gobierno.

Los lazos que nos unen a los mexicanos están representados por los símbolos que todos respetamos: la bandera, el escudo, el himno. (Texto de 3o., p. 104.)

Todos somos mexicanos: los del norte y los del sur; los del campo y los de la ciudad; los que hablan lenguas indígenas y los que hablan la lengua española.

Aunque los mexicanos tengamos



aspectos y costumbres muy diversas, es más lo que nos une que lo que nos separa. (Texto de 4o., p. 16)

En los textos de *Ciencias sociales* se manifiestan algunos de los elementos estructurales del proyecto nacional que busca impulsar el Estado; de aquí la posibilidad de que los libros mantengan vigencia a lo largo de varios sexenios. Los elementos coyunturales no se presentan en los libros; de esta forma, la crisis por la que atraviesa el país no es ni siquiera mencionada. El proyecto nacional que propagan carece de coherencia por excluir a algunos actores sociales y por fomentar la imagen del gobierno como condición para solucionar cualquier tipo de problemática.

3. La televisión

Además de asistir a la escuela, los niños ven cotidianamente la televisión. Este medio de difusión también disemina una idea de nación, aunque de manera un tanto velada. La televisión cobra día a día mayor importancia en el proceso de socialización de los niños, desplazando, en ciertos rubros, el aparato escolar, inclusive en el aspecto que nos interesa en este trabajo. Esto se debe, entre otras cosas, a que la televisión tiene un papel relevante en la estructuración del tiempo libre de los niños, como veremos más adelante, e incide en ellos en forma masiva y cotidiana.

Existen fuertes contradicciones en los discursos acerca de la nación que ambos aparatos de hegemonía brindan a los niños: la escuela, con un discurso poco comprometido pero enmarcado en los límites de la tradición y de la mexicanidad, y la televisión, con un discurso que responde más a un proyecto transnacio-

nal que rebasa las fronteras de las naciones concretas.

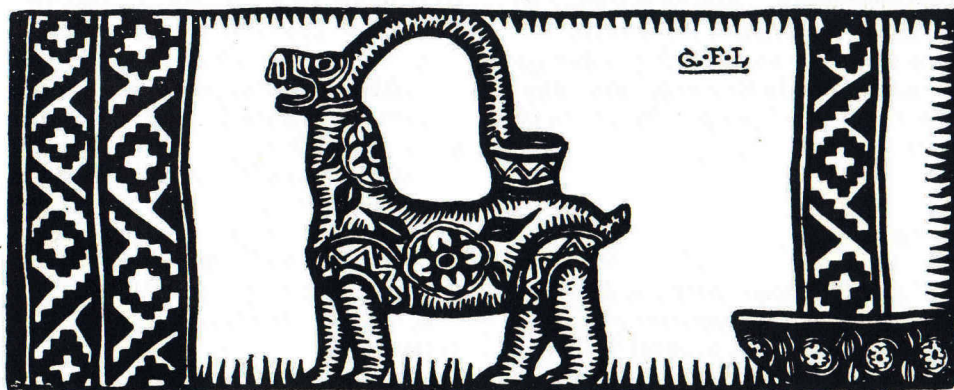
Tanto la escuela como la televisión buscan homogeneizar, pero bajo diferentes perspectivas: la primera tratando de consolidar la idea de nación común a todos los habitantes, más allá de localismos y regionalismos, de grupos y de clases; y la televisión, con un discurso transclasista y transnacional en el que las identidades nacionales no tienen cabida.

A través de los contenidos de los programas televisivos que más gustan a los niños —series de aventuras y policiacas— se transmite una visión del hombre, de la sociedad y de la historia que borra simbólicamente las diferencias nacionales. Se pretende lograr la interidentificación de los hombres como miembros de una comunidad global, ahistórica y transcultural. Esta unidad no está basada en un pluralismo cultural que requiera las diferencias de las naciones particulares; más bien tiene como núcleo la generalización de modelos de consumo y estilos de vida.³

La programación televisiva a la que se exponen los niños está constituida por realidades construidas desde el mundo del espectáculo y cuya trama —que gira en torno a determinados problemas y carencias— encuentra solución en 30 o 60 minutos. La utopía se restaura como la continuación de un presente que había sido perturbado por problemas, y esta restauración se logra gracias a la intervención del hombre individual —de sus habilidades o de sus superpoderes—, muchas veces ayudados por instrumentos tecnológicos tales como computadoras o carros cuasi omnipotentes. La violencia es el medio más generalizado para solucionar los conflictos.

Los datos que a continuación se van a

³ Para ampliar la argumentación a este respecto, confróntese Mercedes Charles, *op. cit.*



exponer provienen de un sondeo exploratorio en el que se aplicó un cuestionario abierto a 341 niños de sexto año de primaria; 145 alumnos de escuelas oficiales y 196 de escuelas privadas, todas ellas ubicadas en el Distrito Federal. La elección de una muestra constituida por niños de sexto año responde a que el niño de este ciclo escolar ya ha estado sujeto a la lectura de todos los libros de texto y al discurso escolar correspondiente al nivel primario.

La televisión juega un papel fundamental en la conformación del tiempo libre de los niños. Los niños a los que se aplicó el cuestionario pasan, en promedio, más de tres horas al día frente al televisor; pero hay un número considerable de ellos (cerca de 18 por ciento) que pasa más de cinco horas al día. Existe una tendencia a mayor exposición televisiva en los niños de escuelas públicas que en los de escuelas privadas.

Los niños prefieren unos géneros de la programación sobre otros. Hay una marcada tendencia de los niños de esta edad a preferir los programas de aventuras y policiacos provenientes de los Estados Unidos. Ambos géneros engloban a

cerca de 53 por ciento del total de las respuestas, pero existe mayor homogeneidad en niños de escuelas privadas (los géneros mencionados engloban 64 por ciento de sus respuestas) que en los de escuelas públicas (36,2 por ciento).

La predilección de los niños por los canales del consorcio privado (más de 99 por ciento de las preferencias televisivas de los niños corresponden a Televisa), donde predomina el criterio mercantil y por géneros provenientes del extranjero, implica una continua exposición a una realidad y a una problemática que no corresponden a la suya, pero que introducen una determinada visión del mundo, de la sociedad y del hombre.

La televisión entra en un ámbito que le correspondía a la educación formal, y presenta visiones de la sociedad y del hombre que no concuerdan con aquellas que se busca transmitir en la escuela, aunque, como veremos posteriormente, en esta década el gobierno ha aprovechado este medio de difusión para transmitir mensajes nacionalistas.

Así, mientras la escuela pretende inculcar en los alumnos una idea de pertenencia a una entidad nacional, la televi-

sión responde a un proyecto integrador a la modernidad con base en la copia e importación de modelos extranjeros. Veamos ahora los modelos de hombre que difunden tanto la escuela como la televisión como prototipos para imitar: los héroes.

4. Los héroes

Todas las culturas transmiten, de una generación a otra, un acervo importante de su saber y de su entendimiento sobre el mundo a través de un universo mítico constituido por cuentos, narraciones, leyendas profanas y religiosas, etcétera, de tal forma que los constituyentes de este universo "ofrecen material del cual los niños toman sus conceptos acerca del origen del mundo y de su sentido, así como los ideales sociales que sirven al niño como patrón de comportamiento posterior".⁴

La existencia de los héroes es una constante dentro de este mundo mítico. Estos personajes muestran modelos y pautas de comportamiento social al solucionar los conflictos y encarnar valores considerados relevantes para un grupo social determinado. Cada grupo pretende que sus miembros —desde pequeños— tomen ciertos modelos que puedan servirles como guía de su acción y como estructura de significado de la misma, a través de un proceso de identificación con el prototipo propuesto, es decir, con el héroe de que se trate.

a) Los héroes nacionales

La conformación ideológica del naciona-

lismo requiere la construcción de una épica que explique el origen, la estabilidad y el cambio de una sociedad determinada. Es en esta épica donde se acuñan los héroes nacionales como protagonistas de la historia. Los padres de la patria, los próceres, los patricios, encarnan los más altos valores nacionales: la valentía, el heroísmo, la grandeza de alma, el sacrificio por el ideal, la entereza y la justicia, entre otros. En México los nombres de estos hombres han estado sujetos a cambios, según el momento histórico de que se trate.

Durante el siglo XIX los héroes presentaban variaciones según si los historiadores oficiales eran conservadores o liberales; asimismo, los contenidos concretos de la educación cívica y de la historia presentaban matices, según el régimen en turno, aunque en todos había una prioridad en sus intenciones: la consolidación de la patria.⁵

El panteón heroico de la patria vuelve a dividirse profundamente desde la Revolución. Los autores oficiales mantienen su lealtad a Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, Guerrero y Juárez, aunque con la Revolución aumenta la estatura de Morelos. Durante los años veinte, la cercanía de la Revolución y sus rencillas de partido no permiten sino la aceptación de un solo caudillo revolucionario: Madero. Para los treinta se aceptan a Zapata y a Carranza.⁶

El cambio de nombres en el panteón heroico muestra cómo "el héroe es tanto un símbolo de la identificación con la nacionalidad como la expresión de una ideología política. Es el mantenedor o

⁴ Bruno Bettelheim, *The Uses of Enchantment*, Vintage Books, Nueva York, 1977, p. 24.

⁵ Para un análisis de la construcción de los héroes nacionales del siglo XIX, ver Josefina Zoraida Vázquez, *op. cit.*

⁶ *Ibid.*, p. 189.



creador de la nacionalidad, encarna las virtudes cívicas, representa a la nación en lucha contra la adversidad. Sus virtudes son usadas como guía de los gobiernos del momento y, por ello, se le convierte en un símbolo”.⁷

Mediante la consolidación de estos héroes se buscaba generar un modelo mítico, lleno de virtudes, capaz de inmolarse por el amor a la justicia y a la patria. Las escuelas, con sus libros de texto, sus festejos y conmemoraciones, se constituyeron en el espacio privilegiado para la transmisión de ese sentimiento de amor a la patria y de admiración por los diversos héroes nacionales.

Los niños de la muestra se identifican más con los héroes del siglo XIX (46 por ciento del total de respuestas). Es de llamar la atención que los héroes del siglo XX, principalmente aquellos que participaron en la Revolución, etapa histórica sobre la cual se sustenta ideológicamente el Estado mexicano moderno —al menos en un nivel discursivo—, sólo estuvieron

presentes en 11,4 por ciento del total de respuestas. El pasado indígena no presentó relevancia alguna; pareciera que la derrota ante los conquistadores devaluó a los héroes prehispánicos.

Las razones por las cuales los niños se identifican con los héroes nacionales, y que aglutinan mayor número de respuestas (33,7 por ciento), son aquellos valores patrióticos que se transmiten a través del aparato escolar: ayuda y defensa del país, valor y heroísmo, y lucha por la libertad.

b) El héroe televisivo

Los medios de difusión electrónicos también se han constituido en productores de héroes que se presentan como prototipos ejemplares. La televisión se ha mostrado como un medio eficaz que, por sus propias características, crea, lanza al mercado y hace desaparecer a sus héroes. Estos personajes tienen las mismas características de cualquier mercancía y, por tanto, se encuentran sujetos a la ley de la oferta y la demanda, e incluso pueden llegar a depreciarse con rapidez.

Los niños entrevistados mostraron

⁷ Santiago Segovia, *La politización del niño mexicano*, El Colegio de México, México, 1977, p. 89.

gran heterogeneidad en el nombre del héroe favorito, heterogeneidad que desaparece si clasificamos a los héroes por el género al que pertenecen. Existe una clara hegemonía de los personajes de las series de aventuras y policiacas provenientes de los Estados Unidos (38,4 por ciento del total de las respuestas). Esta tendencia a la homogeneidad es más marcada en los niños de escuelas privadas, en quienes estos héroes aglutinan a más de la mitad de la población entrevistada. Los niños de escuelas públicas muestran mayor heterogeneidad en sus gustos, ya que los héroes mencionados comparten su calidad de favoritos con personajes de las telenovelas y cantantes.

Las características principales de los héroes televisivos mencionados como favoritos corresponden al prototipo anglosajón: blanco, alto, fornido, bien parecido, que busca restaurar el orden y la justicia donde éstos se hayan infringido. La violencia es uno de los medios más solicitados para la solución de los conflictos. Por otra parte, es evidente la preferencia de los niños, principalmente de escuelas privadas, hacia aquellos programas en los que los héroes echan mano de artefactos de alta tecnología (computadoras, hombre y carro con circuitos integrados) para combatir el mal.

Los niños se sienten atraídos por determinadas características de estos héroes, las cuales son atractivas no porque las haya creado la televisión, personificándolas en ciertos personajes, sino más bien por su carácter social; socialmente está retribuido ser simpático, guapo (rasgos considerados por cerca de una tercera parte de los niños), tener habilidades para el canto y el baile, tener bienes materiales, vivir aventuras que rompan con la cotidianidad, etcétera. Es la televisión la que retoma ese sistema valorativo, lo recrea y lo refuerza de manera reiterada.

Los héroes nacionales y televisivos coexisten en los discursos a los que están expuestos los niños. Un dato que consideramos importante al compararlo es que cerca de 12 por ciento de la muestra dijo no identificarse con ningún héroe nacional. Si sumamos el porcentaje mencionado a las respuestas incluidas en el rubro confuso (10 por ciento), que significa que contestaron en broma, poniendo nombres como Durazo o Cantinflas, o que no contestaron la pregunta (6 por ciento), tenemos que cerca de 28 por ciento de los niños no tuvo una respuesta positiva a esta pregunta. Esta tendencia fue más marcada en niños de escuelas públicas (30,3 por ciento) que de escuelas privadas (25 por ciento).

Acerca del héroe televisivo, 8,5 por ciento de la muestra dijo no identificarse con ninguno. Si a este porcentaje sumamos las respuestas *no sé* (1,5 por ciento) y los que no respondieron (9,7 por ciento), tenemos que cerca de 20 por ciento de los niños no dio una respuesta positiva a esta pregunta; esta tendencia fue más marcada en niños de escuelas públicas (26,2 por ciento) que en niños de escuelas privadas (14,8 por ciento).

Lo anterior muestra que hubo mayor identificación positiva de los niños con los héroes de la televisión que con los héroes nacionales, y que esta identificación positiva es más marcada, en ambas categorías de héroes, en los niños de escuelas privadas.

Las cualidades de los héroes nacionales que atraen a los niños se mueven en un nivel diferente de aquellas características de los personajes televisivos; estos últimos se encuentran dentro de un universo donde predomina el personaje individual, con rasgos superficiales: belleza, dinero, poder, aventuras, etcétera. En cambio, las características de los héroes nacionales que atraen a los niños tras-



cienden al individuo concreto y recaen en el bienestar de la nación en su conjunto. Se trata de valores más profundos, en pos de un ideal colectivo.

Tanto la escuela como la televisión manejan estereotipos de héroes, pero con características diferentes. El carácter efímero de los héroes televisivos, que surgen y desaparecen con rapidez, y son fácilmente sustituibles con la condición de que posean los rasgos más sobresalientes del momento, contrasta con el carácter más permanente de los héroes nacionales, sus rasgos, así como la trascendencia histórica de sus acciones.

Si consideramos la eficacia de los héroes como modelos para imitar en la vida de los niños, tenemos que los héroes nacionales poseen características y encarnan valores que se alejan de la cotidianidad del niño. En cambio, los héroes de la televisión, al adecuarse a los valores sociales dominantes del momento, son más accesibles para constituirse en modelos de acción con eficacia en la vida cotidiana.

Los héroes de la televisión brindan a los niños un referente colectivo que propicia el diálogo y la interidentificación

entre iguales, al influir en las maneras de relación, temáticas de conversación, formas de vestirse, de peinarse, actitudes, juegos, etcétera. Ciertamente, es más cercana y más plausible la posibilidad de que los niños imiten y se identifiquen con Flans, Menudo o Timbiriche que con doña Josefa Ortiz de Domínguez o con Benito Juárez.

El héroe televisivo tiene características de mayor funcionalidad para la vida cotidiana, que son reforzadas por el grupo de iguales; en cambio, el héroe nacional no constituye ese referente colectivo cotidiano. Si se quiere que el héroe nacional tenga mayor eficacia, es necesario que se *refuncionalice* su construcción, para que constituya identidades simbólicas que también sirvan como referente de identificación personal y cotidiana.

4. *El concepto de nación*

Uno de los aspectos importantes del proceso de identificación nacional es la concepción de nación que tienen los habitantes de determinado espacio nacional. De ésta depende, en buena medida, la filia-

ción y lealtad hacia la nación, el grado de identidad que poseen y la adscripción de los diversos grupos sociales a determinado proyecto nacional.

El nacionalismo, entendido desde la perspectiva de unidad y cohesión, requiere un sentimiento positivo de los miembros de una nación hacia su patria. La escuela ha sido un espacio privilegiado para la transmisión de este sentimiento a las nuevas generaciones del país y pretende lograr el respeto y el amor a la patria.

Los niños mexicanos están enmarcados en una situación de crisis, y no se encuentran ajenos a ella, como veremos en las respuestas proporcionadas en la descripción que hacen sobre su país. Esta presencia de la crisis en la manera como perciben su nación no proviene de los mensajes a los cuales están expuestos en la televisión; el libro de texto tampoco presenta un discurso que permita al niño comprender su entorno actual.

Las respuestas obtenidas al pedirles a los niños una descripción de su país son abrumadoramente negativas; sobre todo si excluimos las respuestas tabuladas en rubros que, por ser de naturaleza descriptiva, no tienen connotación positiva o negativa (como es el caso de los rubros físico y geográfico).

De los niños de escuelas públicas un 25,7 por ciento dio respuestas que corresponden a una descripción positiva del país, mientras que 74,3 por ciento de las respuestas refleja una visión negativa. En los niños de escuelas privadas esta tendencia es más marcada, ya que sólo un 17,5 por ciento dio respuestas positivas, ante 82,5 de negativas.

Hay una tendencia generalizada en los niños a describir a su país como altamente problemático. Las áreas que aglutinaron mayor número de respuestas negativas son la ecológica, la social y la

económica. El predominio del sentimiento negativo es un punto importante de reflexión en el problema del nacionalismo, pues muestra la falta de consenso, por parte de los niños, sobre el proyecto de nación vigente.

Estos datos contrastan con los resultados encontrados por Santiago Segovia en una investigación realizada en los primeros años de la década de los setenta, antes de que la crisis se abatiera con tanta fuerza sobre el país, donde plantea que los niños "casi no dudan para conferir a su nación los máximos valores".⁸

Los datos de este trabajo son de 1985. Desde entonces la situación del país se ha deteriorado aún más. Por ello, suponemos que si aplicamos el mismo cuestionario en la actualidad, los resultados serían aún más negativos que los que obtuvimos entonces.

Con base en lo anterior, encontramos que no hay correspondencia entre el concepto de nación manejado por la escuela y el pensamiento de los niños. En la concepción de nación de los niños la crisis está presente y se manifiesta en todas las instancias de la vida social. Esto muestra que los discursos que emanan de los diversos aparatos de hegemonía pueden perder eficacia y credibilidad en ciertos aspectos cuando contradicen la realidad cotidiana en la que están insertos los sujetos sociales. Esto implica que el discurso de nación exige una base material que lo sustente.

La escuela no brinda a los niños respuesta alguna a la problemática nacional, que consideran relevante y que perciben en su cotidianidad. En el pensamiento del niño se inserta la concepción y la vivencia de nación que tiene su familia. La disociación entre el discurso escolar y la realidad que viven los niños se ha

⁸ *Ibid.*, p. 98.



agudizado con la crisis, y es fruto de la falta de coherencia de las políticas culturales que el Estado busca impulsar y su adecuación a la situación del país.

El discurso escolar sobre la nación pretende borrar las diferencias de clase, las particularidades locales y regionales, con el fin de homogeneizar las diversas concepciones y utopías de nación. Igualmente, el discurso televisivo busca superar las barreras nacionales y diseminar concepciones en forma transnacional. Pero son las condiciones de vida, así como el papel que tienen los sujetos en la estructura social, los que determinan, en buena medida, las diversas concepciones de nación que poseen los niños y la lectura que realizan sobre los discursos a los que están expuestos.

Palabras finales

La escuela, que en un momento dado fue elemento de vital importancia para que los niños adquirieran conciencia de su nación y de su ser como participantes de la misma, va perdiendo vigencia y terreno por la falta de compromiso que sustenta

hacia un proyecto de nación de alternativa. Los textos brindan al niño escasos elementos para lograr su ubicación en el entorno donde se desenvuelven. El sentimiento de patria, de nación y de identidad se diluyen en la confusión y en la falta de compromiso. Los niños piensan en los problemas de su país, pero no tienen fe, ni creen que el proyecto vigente sea el más adecuado. El pasado prehispánico, la Independencia, la Revolución, en fin, las etapas históricas y los mitos pierden entonces su significado original.

Mientras tanto, la televisión va ganando terreno en algunos aspectos. Bajo la máscara del entretenimiento, los niños *introyectan* modelos utópicos de sociedad y de hombre que van incidiendo en sus prácticas cotidianas y que implican una filiación afectiva a un proyecto que rebasa las fronteras nacionales e incluso justifica la intervención colonialista en las sociedades periféricas.

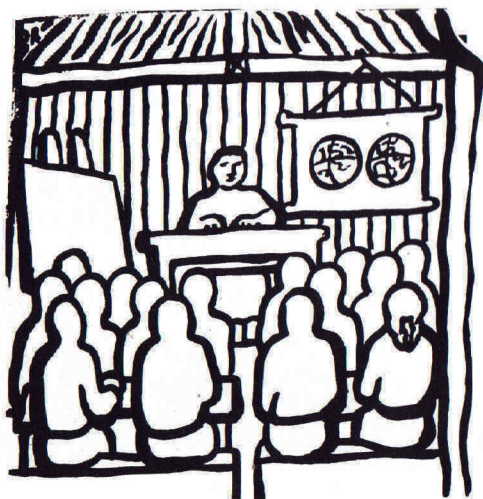
La televisión ha sido utilizada últimamente por el gobierno como medio para fomentar el sentimiento de patria, de mexicanidad, de identificación. *Spots* publicitarios de un banco que promueve el sentimiento positivo hacia México utili-

zando elementos del mundo del espectáculo: el fútbol, las olimpiadas, el triunfo deportivo. En febrero se transmiten *spots* cuyo lema dice: "Febrero, mes de la unidad y de la soberanía nacional"; en julio la pantalla muestra a un padre que entra a su casa y se siente orgulloso al encontrar a su familia cantando el himno nacional frente al televisor; septiembre es el mes de la patria y se nos alienta a que juntos vivamos la Independencia.

El reconocimiento gubernamental de la importancia de la televisión y de la necesidad de readecuar los mitos también se muestra en un anuncio que une a Hidalgo, a un niño y a un robot, buscando transmitir la idea de que leer la biografía de este héroe es una aventura interesante que logra conjuntar el pasado con el presente y el futuro.

Pero la identidad nacional y el consenso requieren un sentimiento positivo y un compromiso colectivo con el proyecto nacional vigente. Los niños tienen una descripción negativa de su país, que no se solapa con palabras o con el uso de la televisión, ya que es muestra del disgusto social generalizado que existe con el proyecto nacional que rige en la actualidad.

Los valores nacionales también quedan como conceptos huecos. La democracia pierde significado cuando se enseña en un entorno autoritario y cuando se canaliza a través del voto y del fraude electoral. La soberanía de la nación sale sobrando en un país que deteriora el nivel de vida —ya de por sí precario— de la mayoría de la población para pagar la deuda. La unidad se presenta como una falacia cuando la crisis ha ampliado la brecha entre ricos y pobres. Benito Juárez, doña Josefa, Hidalgo y Morelos, entre muchos otros, se convierten en convidados de piedra en parques y jardines, libros de texto y monumentos, mientras Flans, Menudo y demás personajes tele-



visivos se convierten en modelos de vida.

El Estado no ha logrado crear un proyecto de alternativa para aglutinar a los diversos sectores de la población en torno a un ordenamiento que permita superar las dificultades y fortalecer a la nación. La identidad y el sentimiento positivo hacia la nación no se construyen por decreto, ni con mitos que ya resultan anacrónicos, ni con *slogans* publicitarios, sino más bien con la creación de un proyecto propio de amplia participación social y de protección a los intereses nacionales.

El Estado aún no ha creado una estrategia coherente que abarque una política cultural y educativa que consolide la identidad nacional, que día a día se ve debilitada y cuya consolidación demanda no sólo discursos, sino una base material que la sustente.